



Eternidades; la ruptura poética de la temporalidad

Pablo Javier Pérez López

Universidad de Valladolid

Resumen

Se pretende una exposición reflexiva y sugestiva de la superación de la temporalidad inherente a la actividad poética entendida como búsqueda de orientación metafísica en la instauración de pequeños instantes de imposición de la eternidad en la vida. La comprensión de la poesía como creación de mundos en relación estricta con la pugna con el tiempo ofrece la posibilidad de entender ésta como un viaje en el tiempo hacia el lugar sin tiempo, que simbólicamente puede entenderse como una recuperación de la niñez en una doble dimensión de encuentro originario con el mundo y de ausencia de dolor del tiempo.

No sólo desde el ámbito de la física o la matemática se nos aparece la problemática acerca de la mensurabilidad y la naturaleza paradójica del tiempo. Son anchas y plurales las perspectivas desde las que tratar de vislumbrar el tiempo; aunque fundamentalmente distinguimos (o mejor dicho, tradicionalmente se distingue) entre un tiempo *cronológico* que hace referencia a la realidad medible –digamos a la aglutinación parcelada y útil del tiempo a partir de la recurrencia cotidiana–, un tiempo *científico*, el que parece ocultarse tras la famosa simbología de la *t* en las distintas ecuaciones y operaciones de las aproximaciones a la Naturaleza –en lo que entiendo una creencia útil, para las aplicaciones técnicas que requieren de recurrencia o medición de nuestras propias actividades–; y finalmente *un tiempo, primario, absoluto, vital, poético*, el tiempo no deslindable de la existencia, emparentado con lo inconmensurable, con la vivencia, en una fusión del ser y el tiempo: el *siendo*.

Éste es, el tiempo poético, que situamos en la base de las conceptualizaciones científicas, técnicas y cronológicas al ser elemento esencial y primero del enfrentamiento consciente con el mundo, al ser elemento inseparable del estar consciente, siendo conciencia como dirá Ortega: referencia a un objeto, a lo ob-jectum; lo contrapuesto; lo que se nos presenta en el escenario vital. Es esa mirada perdida, extraviada, ensimismada del hombre concreto –de carne y hueso singulares– la que se abalanza sobre el *no se qué* que nos sostiene en el movimiento –en el cambio–, la que se cuestiona el misterio del tiempo, del existiendo.

Esta dicotomía tiempo cuantificable-tiempo cualitativo o tiempo cronológico-científico -tiempo poético quizá pueda enmarcarse –o más bien no puede enmarcarse en otro lugar– en la esencial tensión dicotómica del existir humano: pensamiento-acción, idea-cosa en sí, palabra-referente, concepto-vivencia, razón-pasión, pensamiento-intuición, eternidad/es-instantes, divinidad-animalidad...etc

Ponemos, pues, de manifiesto que tratamos, cocinamos el problema del tiempo entendiendo éste como el tiempo cualitativo, encallado en nuestra carne pensante, en nuestra mezclanza paradójica, tensa y querencial constitutiva de este ser nuestro a medio camino entre la animalidad y las ansias mal disimuladas de divinidad. Un tiempo por tanto primario, por deberse al encuentro originario y originante con el mundo, en

un primer encuentro con la realidad cruda del mundo. Es por tanto un tiempo vivencial con el que el animal humano se encuentra, todo primer encuentro es previo y anterior a la búsqueda metódica filosófica y científica.

Desde esta perspectiva no es el argumento científico o técnico, relacionado con la medición del tiempo, el único elemento que trata de aproximarnos al sentir –en muchas ocasiones el dolor del tiempo- sino simplemente uno más que parte necesariamente, a nuestro entender, de un enfrentamiento con lo que es a través del sentir, de la vivencia (que incluyen el pensar)

Es precisamente este primer enfrentamiento, el que deslindándonos de las diversas tradiciones del tiempo y del ser, nos permite despellejar las palabras para volvernos a la esencia que se pretendía captar con esos gruñidos hablados o escritos en un determinado momento, protagonizado por predecesores de nuestra especie.

En este despellejamiento, en este volver a tomar medidas al ser, participa la poesía como actividad y producto; como palabra escrita en el tiempo; como *palabra esencial en el tiempo* que diría Antonio Machado¹.

¿Qué es sino la poesía palabra esencial en el tiempo, palabra sembrada en el surco, en la ola instantánea del tiempo vivido? Cuando hablamos, por tanto, del tiempo poético, nos referimos al tiempo insondable, inconmensurable, inasible en su totalidad; a ese existir andante, siempre andando, a ese camino sin vista atrás que guarda silencio ante la muerte perpetua, sempiterna del instante íntimamente anterior.

Un tiempo, que separado del cronológico, del repetir que marca las etapas cotidianas, y también del científico, modelización, medición de las etapas mensurables, se erige en la verticalidad del instante consciente –del instante de enfrentamiento con la realidad despojada de anteriores masticaciones- y se pregunta por el todo, por la vida, por la vida posada, encarnada en mi saco de órganos y sentires que, de alguna forma, empapado del movimiento, del cambio pensante y sintiente se interroga por el doble misterio del existir propio y primero.

Desde esta perspectiva este tiempo que nace, que se siente, por tanto, encadenado a la conciencia, puede denominarse también vivencial –radical experiencia de mí-. (un tiempo que filosóficamente podríamos conceptualizar como existencial-fenomenológico) Es una experiencia radical del mundo y de mi mundo y una experiencia temporal que constituye la esencia de la propia vida: encontrarse existiendo, sentirse existiendo, durando diría Bergson; en la *durée*, en la sucesión, en la heterogeneidad de estados conscientes que abandonados al vivir, no pueden despegarse artificialmente para un análisis minucioso de los pedazos de ese todo en movimiento que somos; de un todo que no puede diseccionarse cual célula.

Una heterogeneidad que me caracteriza en mi existencia repleta de *sensaciones, sentimientos, voliciones, representaciones; tales son las modificaciones entre las que se reparte mi existencia y que la colorean alternativamente.*²

La conciencia no sigue el listón monótono de una hipotética linealidad; y esta linealidad temporal en el sentir temporal sólo puede plantearse desde el desconocimiento absoluto del vivir. Los desvaríos de la conciencia provocan diferentes sensaciones más o menos apasionadas que se hundan más o menos en el sentir temporal.

He aquí que el niño³ no tenga mañana como certeramente indica Unamuno. No tiene mañana porque principalmente está ausente del tiempo y de la muerte como el

¹ *El poema que no tenga muy marcado el acento temporal está más cerca de la lógica que de la lírica.* Antonio Machado.

² *Memoria y vida.* Henri Bergson. Alianza. 1957. Pág.7

³ *¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño?* Luis Cernuda

hombre plenamente amarrado a las caderas de la vida en las placenteras sensaciones del vivir sin pensar, amicales o carnales en un olvido genuino del tiempo, en un revolver a la niñez en esas eternidades de la existencia. Estas vivencias sin tiempo, estas eternidades son distracciones que, en la vuelta al tiempo medido, goteante, provocan un dolor que muy bien puede leerse, palpase en los versos que siguen de Juan Ramón Jiménez:

*Soy como un niño distraído
que arrastran de la mano
por la fiesta del mundo.
Los ojos se me cuelgan, tristes
de las cosas...
¡ Y qué dolor cuando me tiran de ellos!*

Cuando el poeta afila sus versos y forja redes nuevas para empalabrar nuevos tuétanos calientes, cuando toca la entretela esencial en alguna experiencia vital se hunde en momentos de ruptura temporal, en instantes de sentir vertical profundo, estas simas podrían llamarse Eternidades. Migajas del gran pan uniforme, bello y perfecto de la Eternidad que disfrutaban los poetas como animales tozudos que se resisten a la dictadura del cambio tratando de instaurar un nuevo mundo. Convirtiéndose en creadores. En inventores de mundos nuevos en los que desean crear. (La voluntad de ilusión es condición de la existencia diría Nietzsche)

El niño y el que vuelve a la niñez viviendo en los momentos de profunda plenitud o emoción vital alcanzan esos momentos de pequeña ausencia de tiempo que podemos llamar *eternidades* para oponerlos a la hipotética eternidad espiritual unitaria, como decíamos⁴. El poeta quiere volver al jardín infantil de la niñez, al parvulario que supone la identificación completa con su inquieta alma, en su entusiasmo de menudo poeta que aún no ha palpado el dolor de su alma mortal. De alguna forma quiere viajar en el tiempo, al lugar sin tiempo, a la ignorancia del dolor del tiempo, quiere ser de nuevo el viajero identificado con su destino que un día fue.

En los momentos de distracción, cuando me enajeno del dolor punzante del tiempo, mis desvaríos de la conciencia me llevan a instantes, a momentos sin tiempo en que vivo, sólo vivo, vivo sin tiempo, se me para el camino y me siento tan sintiendo, tan alegre en el juego del vivir que no soy en tiempo. Éstas son las *eternidades* de los animales que ansían inmortalidad por las esquinas y las caderas y que sólo encuentran pequeñas eternidades diminutas en las que saciar su hambruna.

Volviendo de las internidades, el hombre recobra su memoria, y es la memoria la conciencia del hombre que bañada en el tiempo, en el existir fluido *es siempre conciencia de pérdida*, (de lo que ya no tengo o de lo que ya no es) y *por tanto, de consumición del tiempo correspondiente a mi vida, y por esto mismo conciencia de ir hacia la muerte*.⁵

La muerte es por tanto el horizonte involuntario del poeta, y por tanto del tiempo poético. Quizá de esta aparente primera contradicción estructural del vivir surge la reflexión filosófica y poética. Es precisamente por la muerte, por lo que el hombre se encuentra viviendo en la paradoja de la caducidad, de la contingencia, de la animalidad con ansía de endiosamiento, y por tanto de inmortalidad. Es por la muerte por la que el hombre se encuentra viviendo, porque vida y muerte son dos hermanas

⁴ Si se quiere puede leerse *internidades* por eternidades: momentos de profunda intensidad sensitiva y vital. Es muy noble el arte de inventar palabras.

⁵ El cuerpo de los símbolos. Antonio Gamoneda., Huerga y Fierro, Madrid. 1997

que nunca podrán vivir separadas. El hombre vive –se vive- porque sabe que está muriendo.⁶

Evidentemente, como ya hemos esbozado, el tiempo –la conciencia de transcurrir, que paradójicamente posibilita el vivir- es dolor, el tiempo duele⁷ en el avance hacia la muerte y, sin embargo, la poesía, narrando, relatando éste, mi camino, mi vivir modela arte desde esta perspectiva. Se canta a la vida desde una perspectiva mortal. Se hace arte enfrentándose a la muerte. ¿O creen ustedes que habría poesía y canto si no existiera ésta? ¿Y qué es sino un canto a la luna toda esta existencia turbulenta?

Sin muerte, y por tanto, sin tiempo; ni poesía, ni filosofía; nada aparecería con sentido, pues el asombro ante lo paradójico, extraño y misterioso del ser no brotaría en la perpetua niñez, en la perpetua naturalidad sin vuelta al animal de un hipotético ser intemporal de la eternidad.⁸

En esta dirección la poesía es⁹ memoria en el tiempo, materialización, empalabramiento de lo sentido, retorcimiento del concepto en significación sintiente, en empapado acercamiento a la vivencia. Por tanto, es dibujo, y fundamentalmente exclamación, habla de una mismidad diluida en el encuentro del mundo; canto ritual erguido contra el tiempo, frente al tiempo en una suerte de inmortalidad instantánea.¹⁰ Viaje detenido para saborear el paisaje y hacer del deseo realidad sentida.

Afirmamos, pues, que es la angustia del ser ante la muerte, la que enraíza al hombre en una vivencia que (a)en-frenta el tiempo. El camino conduce ineludiblemente a la muerte y es ésta la que provoca el enfrentamiento con el tiempo, con el existir –que acaba- , pero esta conciencia de muerte, paradójicamente, es la que permite (posibilita) realizarse, hacerse, actualizar posibilidades, construirse caminando: proyectarse¹¹ en la temporalidad sin enajenarse del tiempo; sin hundirse en una eternidad espiritual alejada de la vida, del cuerpo pensando-sintiendo¹². El viaje en el tiempo hacia la reconquista infantil de la eternidad, que emprende el poeta es el que se hace desde el enfrentamiento cotidiano con la paradoja vital de un existir animal que se balancea entre la realidad y el deseo. La poesía es el viaje que mide la obstinación de nuestra animalidad.

⁶ *Yo soy un animal que se siente morir desde que nace. Se da la circunstancia de que ese animal escribe.* Antonio Gamoneda

⁷ *Siento el tiempo como un dolor enorme. Es siempre con una conmoción exagerada como abandono algo. El pobre cuarto de alquiler donde he pasado unos meses, la mesa del hotel provinciano donde he pasado seis días, la misma triste sala de espera de la estación de ferrocarril donde he gastado dos horas esperando al tren: sí, pero las cosas buenas de la vida, cuando las abandono y pienso, con toda la sensibilidad de mis nervios, que nunca más las veré y las tendré, por lo menos en aquel preciso y exacto momento, me duelen metafísicamente. Se me abre un abismo en el alma y un soplo frío del momento de Dios me roza en las faz lívida. ¡El tiempo! ¡El pasado! ¡Lo que he sido y nunca más seré! ¡Lo que he tenido y no volveré a tener! ¡Los Muertos! Los muertos que me amaron en mi infancia. Cuando los evoco, toda el alma se me enfría y me siento desterrado de unos corazones, solo en la noche de mí mismo, llorando como un mendigo el silencio cerrado de todas las puertas. Libro del desasosiego.* Fernando Pessoa. Círculo de lectores. Madrid. 1989. Pág. 223.

⁸ ...quizá sea este el momento de decir que es precisamente la conciencia mortal la que posibilita la mediación del tiempo y su dinámica consumición [...] Sin noción de tiempo, no es posible la temporalidad del discurso poético. A. Gamoneda.

⁹ Y siempre que digo es lo hago desde mi mismidad, desde mi vivencia.

¹⁰ “El arte es siempre un contratiempo, se verifica siempre contra el tiempo. Y en eso consiste su aparente y relativa inmortalidad.” José Bergamín

¹¹ Lo que es como afirmar con Sartre la importancia ontológica del proyecto para el ser humano.

¹² Siempre he escrito mis obras con todo mi cuerpo y toda mi vida; no sé que son los problemas puramente intelectuales. Friedrich Nietzsche.

Es por tanto, una mezcolanza con el mundo, haciéndose, cantando, gritándose en sensaciones y palabras por si alguien lo escucha –pero también para escucharse a sí- en esa suerte de desdoblamiento que es el pensar con la limitación propia del concepto, de las palabras arrugadas y viejas, colgantes de las cosas.

¿Qué es por tanto este tiempo poético? El tiempo que se vive, en el que estamos, sin saber por qué ni cómo, es la existencia misteriosa del transcurrir. Toda pregunta por el tiempo –no por el tiempo del reloj- se vuelve necesariamente a la pregunta por la existencia desde esta perspectiva, provoca un zambullirse en la oscuridad de los orígenes y los *por qué*.

El transcurrir donde se canta a la vida mientras ésta se va deshaciendo en diminutos instantes despedazados. Es ese canto, esa música, ese ritmo que protagoniza el ser humano expresión alta de voluntad, de su querencia en el seguir caminando, de ser, de azotar y dominar el tiempo, de regarse de eternidades, asideros al espacio vital que ya se manifiestan en los primeros momentos del vivir, en el niño que llorando (cantando) no quiere abandonar el costado cálido de su madre. Hablamos de ese vivir sin porqué, apasionado, que nos llena los huesos y la carne cuando nos recorre en pequeños instantes que nos abandonan para no volver después de haber acogido eternos¹³ encuentros vitales:

Es precisamente la conciencia reflexiva, el elemento agridulce¹⁴ que distingue al animal humano del resto. Así podemos distinguir entre el vivir animal y el vivirse (reflexivo) propio del hombre. Es esta su tensión fundamental; una conciencia, un saberse que, a la hora de enfrentarse al tiempo provoca angustia¹⁵. Por eso distinguimos varios estados posibles con respecto al tiempo. *No es posible separar la vida del ser a quien pertenece, de su dueño. Se presenta la vida como algo un tanto extraño: el asombro de estar vivo. Puede sentir ante este hecho de estar vivo, asombro, entusiasmo o temor*¹⁶

Podemos hablar de un vivir, animal, genuino, sincero, repleto de sana ingenuidad, voluntad, querencia..., un vivir inherente a la niñez, al vivir del recién llegado al mundo, un vivir sin tiempo, una experiencia de vivir intratemporal que encarna el niño. A este vivir fluido, sentido, natural, accede el hombre en lo pulsional, lo intuitivo, lo instintivo, lo pasional, cuando en instantes vivenciales despelleja, sin saberlo, la tripa temporal escapando de ella, de su dolor, en un brote vital, en una entusiasmada cox salvaje.

Es por tanto, doble, a nuestro entender, la posibilidad del sentir temporal; por una parte la atemporalidad de sintonía y nostalgia del absoluto vital y del otro lado una acentuación agónica en los momentos de incertidumbre y ávida quemazón del transcurrir. Sin embargo, estos dos tiempos distinguidos; el intratemporal y el sentido brotan de un primer entusiasmo, derivado, a mi entender del asombro, origen del arte y del ansia de saber y de saberse, un enfrentamiento asombrado con el vivir, por tanto una lucha *con* la propia vida en un intento de desentrañarla para ubicarse. Y hablar de ubicación invita irremediabilmente a la concepción orteguiana de la metafísica como búsqueda de orientación ante la radical desorientación de la vida. Es por tanto la poética una búsqueda organizada desde el primer sentir temporal.

¹³ *internos*

¹⁴ Pues...en el hombre se da un conflicto –de esencia trágica- entre su vida y él como sujeto de ella. Sujeto envuelto en ella porque no la posee totalmente, porque apenas la posee, peligro siempre de ser poseído por ella. Los Sueños y el tiempo. María Zambrano. Siruela, Madrid 2004. Pág. 48

¹⁵ “El hombre por ser hombre, por tener conciencia, es ya, respecto al burro o a un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad.” Miguel de Unamuno.

¹⁶ *Los Sueños y el tiempo*. María Zambrano. Siruela, Madrid 2004. Pág. 49.

Aceptando –siempre como mera apariencia o refugio- que llegará la ausencia de tiempo en mí –desaparición- sólo queda una opción: la rebelión metafísica contra el tiempo.¹⁷ Es este enfrentamiento con el tiempo lo que nos conduce al arte. Actividad, antes que producto, que es difícilmente clasificable o definible precisamente por la existencia de multitud de enfrentamientos concretos al tiempo, tantos como seres asombrados. Es éste choque con el tiempo el elemento, que a mi entender puede decirse arte, ese es el elemento base, subyacente en las actividades y productos artísticos desde esta perspectiva. El arte surge del enfrentamiento con el tiempo. Es eternidad introducida, impuesta a la vida¹⁸, creación del unomismo¹⁹, y en este sentido es la poesía palabra esencial en el tiempo, que mira a la esencia del vivir, que se planta en el tiempo, fruto de ese enfrentamiento, de mi enfrentamiento vital en el ahora.²⁰

La interpretación de la filosofía de la temporalidad nietzscheana ha sido confusa y dificultosa, precisamente porque no se dio bien nunca leer filosofía en clave mítica, alegórica y poética. Sin embargo hay que decir que el anhelo nietzscheano de eternidad no es el del religioso que anhela un encuentro con la eternidad fuera de esta vida sino el de quien quiere la eternidad del presente, una eternidad descolgada de aspiraciones religiosas e impuesta en una eternidad mundana, en un presente eterno. En un vivir como si.

No hablamos, por tanto, de un vivir infinito en el espíritu sino de una intemporalidad del presente, de una imposición de la eternidad en/a la vida. Una modulación de nuestra voluntad del poder hacia el futuro; eso es lo eterno, nuestra voluntad de poder que es pura voluntad, pura vida. Esta eterna voluntad de poder es la que se manifiesta en concreciones de la existencia. El hombre es el animal mítico que ha canalizado su fuerza vital –que es eterna- para vivir *como si* no hubiera tiempo. Se ha eliminado la conciencia de tiempo para poder vivir en una intensidad vital sin igual – animal-.

De ahí que se de un valor infinito a los momentos de la existencia; la vigorosidad de la vivencia atemporal es eterna. Es por esto por lo que es el niño, como ya hemos indicado, el que personifica la figura mítica²¹ del eterno retorno.

Siguiendo este camino, es el arte, entendido en esta doble faz de actividad y producto, encauzador de la rebelión del hombre frente al paso del tiempo; es decir frente a la muerte. Una rebeldía encarnada en el abrazo, el amarre carnal, el canto, la poesía; en definitiva el baile como símbolo y convencimiento de lucha y disfrute.

Entre las muertes de congéneres e instantes; seguimos bailando, seguimos viviendo como si el tiempo no existiera, en un eterno retorno al vivir intenso y apasionado. Se trata de una rebelión creativa que nace del enfrentamiento de nuestras dos hambres fundamentales, de tiempo y de conocimiento, del querer existir, el querer vivir y del querer saber. En esta pugna interior siempre, irremediabilmente vence, con

¹⁷ Con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana morirme. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, mejor aún que la cabeza, el corazón, yo no dimito de mi vida; se me destituirá de ella. *Pensamientos y Sentimientos*. Miguel de Unamuno. Consorcio Salamanca 2002. Pág. 18.

¹⁸ “Hay que imponerle la eternidad a la vida.” Juan Ramón Jiménez. *Libros de prosa*. Aguilar. Madrid. 1967. Pág. 981.

¹⁹ del *Unomismo* (mismidad, universo del Uno).

²⁰ “Sí, la poesía es actividad práctica. Y el poeta es mucho más útil que el religioso, por ejemplo, porque lo que intenta el poeta es “crear aquí, ahora y gratuitamente” la eternidad con la belleza que el religioso pretende encontrar “ allí, luego y como premio”” Juan Ramón Jiménez. *Estética y ética estética*.

²¹ Ilusión consciente.

decisión la querencia vital. El deseo vence a la realidad, creando mundos, en cada nuevo poema, en los que se cree, pero sobre todo se vive.